

## EL HUMANISMO COMO UN DESAFIO PARA LA UNIVERSIDAD

Clase en la inauguración del año académico 2006 de la Universidad de La Frontera

Fernando Montes, S.J.

Señor Rector, autoridades presentes, colegas académicos y académicas, estudiantes, señoras y señores

### INTRODUCCIÓN

#### **Memoria, esperanza y frontera.**

No saben el honor y la alegría que significa para mí estar hoy, ante ustedes, en este día tan importante y solemne en que la Universidad de la Frontera inicia el Año Académico en medio de la celebración de sus 25 años de existencia.

Los seres humanos necesitamos hitos, necesitamos marcar momentos simbólicos en la monótona marcha del tiempo y de la historia. Y en el caminar necesitamos detenernos para evaluar, para pensar, para corregir y para soñar. Es por eso que estos 25 años son una oportunidad extraordinaria para recoger lo que se ha vivido sin quedar, sin embargo, vueltos hacia atrás. Es bueno revisar la memoria con el fin de echarse al hombro lo que uno es y lo que uno ha sido para reemprender con más vigor la marcha. Atahualpa Yupanqui en una de sus canciones, hace hablar a un río que yendo inexorablemente va hacia el mar le dice al hombre que va en el bote “tú que puedes vuélvete”. Tú que puedes vuelve a andar tu camino porque ese es un privilegio del ser humano que puede recoger la vida acumulada. Esto también lo puede hacer la Universidad, en un acto de gran valía intelectual.

Para poder soñar lo que de ella se espera debe reandarse desde su razón originaria; revisar su memoria y sanar lo que está enfermo, del mismo modo como un psicólogo trabaja en rehacer las memorias que permanecen ocultas para sanar a sus pacientes. Pero no basta con curar el pasado, también es importante sanar las esperanzas. Si la memoria está dañada y la esperanza es sin sentido podemos destruir el presente. Eso nos ocurrió como nación cuando, heridos por un pasado injusto, pensado utópicamente y sin análisis, quisimos avanzar sin trazar destruyéndonos.

Pensar el humanismo y al ser humano, soñarlos nuevamente, es el objeto de esta lección. Quisiera hacerla enraizada en tantas experiencias compartidas.

En esta lección los invito a pensar juntos, en un diálogo tal vez silencioso, al país, a la región y a la universidad.

La Universidad de la Frontera ofrece un puesto de observación privilegiado porque está situada en una región marcada por dos problemas mayores en la vida nacional: la injusta pobreza y la deuda histórica con nuestras raíces étnicas. Estos problemas condicionan nuestra cultura y nuestra tradición.

Antes de entrar al tema deseo hacer una segunda consideración, para situarme. Esta casa de estudios lleva un nombre que es particularmente significativo y desafiante: Universidad de la Frontera. La frontera se concibió como un concepto que demarcaba geografías, que separaba y delimitaba países, que acotaba soberanías. Era el concepto del límite hasta donde se podía llegar. Hemos de transformarlo hoy día en el límite desde donde se parte. En su sentido tradicional la frontera da seguridad, hasta allí llega lo conocido, es como nuestra piel que nos protege, nos limita y nos acoge y en ella nos movemos con soltura. Pero también la frontera es una zona de amenaza y de peligro. La frontera es la superficie de contacto con el otro, ella nos muestra nuestros límites y nos hace atisbar la novedad, las diferencias, lo ignoto, las nuevas oportunidades.

En la época de globalización, en que vivimos, han ido cayendo paso a paso las fronteras geográficas. Las naves espaciales pasan por sobre los cielos que a nadie pertenecen y caen las fronteras políticas y económicas, pero curiosamente se han ido implantando fronteras sociales y, sobre todo, culturales. Las fronteras sociales de nuestra patria son casi infranqueables. Dentro de Chile hay dos países, y existen límites que no sabemos demoler ni traspasar. Parte de nuestro pueblo está condenada la marginación.

Pero en nuestro tiempo las fronteras culturales han llegado tal vez a ser más importantes que las geográficas o sociales, para entender los grandes conflictos de la sociedad contemporánea. Alain Touraine piensa que en el siglo XVIII el paradigma para juzgar e interpretar los conflictos y la sociedad era político, en el siglo XIX y XX los paradigmas fueron básicamente económicos. Las clases sociales se confrontaban por problemas económicos. Si bien eso no ha desaparecido, con todo las fronteras políticas y económicas no son las que definen hoy los mayores conflictos. Tal vez mucho más pesan las fronteras culturales, la identidad, la religión. Las guerras que hoy día presenciemos, las divisiones brutales, el terror a perder el alma de lo que somos frente a la globalización son problemas culturales. La agenda política la definen los

valores que buscan imponerse. Todos hoy día, todos, estamos en la frontera, todos estamos llenos de preguntas nuevas y de desafíos.

Algunos usan la frontera para defenderse y miran para atrás. Eso es particularmente delicado en el campo de lo religioso y valórico. Hay gente que es moderna en la ciencia pero cuando tratan de pensar su nueva identidad, su modo de ser, de analizar los valores o lo religioso se vuelven al siglo XIX. Usan la frontera como refugio. Otros tienen el peligro de saltar las fronteras sin espíritu crítico, por sumisión a las modas de turno, con el riesgo de quedar al descampado y sin identidad. Me atrevo a invitarlos, por la vocación de esta universidad a trabajar para que la frontera nos ensanche, la frontera nos haga revisar y planear juntos un futuro mejor, profundizando nuestra identidad y aquellos valores que constituyen lo mejor de nuestra alma.

Es a partir de ahí que quisiera desarrollar el tema que nos congrega esta mañana

### **Estamos Refundando a Chile: un cambio de cultura.**

Vivimos un momento apasionante. Tengo la sensación que estamos refundando el país. De aquí al año 10, al año 15 habrá de nacer un nuevo Chile y depende de nosotros cómo será esa patria nueva y qué le vamos a entregar a quienes vendrán después.

Este momento, como todo momento refundacional, provoca para muchos temores y también grandes esperanzas. Porque cuando se refunda, más que un cambio físico o económico, se vive una mutación radical de la cultura.

La historia humana se desarrolla linealmente, con progresos sucesivos. Pero hay ciertos momentos en que se produce una especie de corte y se diluye la continuidad. Por ejemplo cuando en el imperio romano afloró el cristianismo, los dioses se cayeron del Olimpo, la cultura que explicaba la vida y daba las razones para vivir fue incapaz de sustentar a los seres humanos en sus luchas y sus penas. Lo mismo sucedió en el imperio del Perú o en México, el día que irrumpieron los conquistadores españoles. Esos pueblos aborígenes creativos, llenos de iniciativa quedaron envueltos en la penumbra y el desconcierto, mirando al infinito, habiéndoseles quebrado su alma. Ellos experimentaron el descalabro de su cultura.

En los siglos XV y XVI, muere la Edad Media, Gutenberg inventa la imprenta, y Copérnico nos hace ver que somos una pequeña arenisca dando vuelta por el universo. Surgió entonces un nuevo modo de pensar. Los navegantes habiendo descubierto los astrolabios y otros instrumentos, se alejaron de las costas conocidas y llegaron a otros

mundos, a la India y al Japón. Colón en 1492 descubrió América. Por primera vez se produjo la gran globalización; se confirmó que la tierra era redonda y que no podía pensarse desde un solo centro.

El cambio cultural en ese periodo fue tan intenso que nacieron los países, se quebró la Iglesia en la reforma, y fue necesario entonces repensar al ser humano. A partir del renacimiento, el ser humano es el gran gestor, el responsable de transformar el mundo con la ciencia, el conocimiento y la técnica. La libertad y la razón se hicieron pilares de la nueva humanidad. Pero ese mundo de algún modo se acabó y nos toca ahora vivir un cambio brutal. Michel Foucault nos dice que la idea misma de hombre se agotó.

Perdonen si doy ejemplos personales pero ellos pueden ayudarnos a comprender de forma concreta lo que estamos viviendo.

Yo estudié mis primeras letras en el silabario Matte. Recuerdo que en las tardes de invierno, en el campo, mi padre me sentaba en sus rodillas y me preguntaba en que lección del silabario yo iba. “El ojo”, “la Mano”, “La Luna” eran las lecciones sucesivas de ese libro donde aprendimos a leer. Si le decía a mi padre que esa mañana había estudiado “la Oveja”, él comprendía perfectamente lo que yo sabía y lo que yo ignoraba. Varias generaciones aprendimos en ese silabario y por eso teníamos en común leyendas y poesías. Mi abuelo, mi padre y mis amigos nos sabíamos de memoria “ Que linda es la rama, la fruta se ve, si lanzo una piedra tendrá que caer”.....

Todo Chile compartía esos saberes y teníamos los mismos códigos para vivir. Pero fui testigo de la desazón y el desencanto de ese pobre viejo cuando a mis hermanos menores les cambiaron el silabario. Nunca más supo dónde estaban ellos y dónde estaba él. El caos fue mayor cuando vino el cambio de las matemáticas con la teoría de conjunto, porque ahí simplemente ya dos más dos no fue nunca más cuatro.

Esa experiencia, de alguna manera, la estamos viviendo todos nosotros como magistralmente lo describe Herman Hesse en el Lobo Estepario. Este autor que fue tan buen testigo del siglo XX, comprendió como pocos y reflejó los problemas de la humanidad occidental y su cultura (Los problemas de la fe en el Damián, los problemas de la relación con oriente en el Sidharta, los problemas de la educación en Bajo la Rueda, los enigmas de la afectividad e identidad sexual en Narciso y Golmundo, etc.) En el Lobo Estepario el protagonista Haller tiene un diálogo con su secretaria donde ella afirma que fue terrible la Edad Media por sus durezas, y él le responde diciendo: “no te engañes, lo más duro de lo duro aparece cuando se traslapan dos culturas, cuando hay un cambio de época, porque todas las certezas se desvanecen y todavía no

sabemos a dónde queremos ir”. Nosotros somos testigos y actores de un tremendo quiebre de nuestras certezas y valores. Lo que recibimos, la manera de expresar nuestra tradición, ya no nos sirve para orientar la vida. En tales circunstancias se presenta un desafío enorme para una universidad que debe pensar la cultura.

La diferencia radical entre el hombre y la bestia, radica en que esta está predeterminada, al nacer por su ADN; recibe en su mochila todos los elementos que necesita para enfrentar su existencia. Viene al mundo provista de aquellas indicaciones que le permitirán vivir, reproducirse, morir; No necesitará ir a la escuela, no necesitará clases de sexología ni sesiones de psicoanálisis. El ser humano, por el contrario, nace en la plasticidad, en la precariedad y con un cierto vacío. Necesita que otros seres humanos le vayan echando en la mochila lo que necesita para enfrentar la vida. Irá recibiendo para la marcha el lenguaje, los símbolos, los valores que le permitirán poco a poco ordenar su universo y avizorar sus senderos. Eso es la cultura. Es un regalo, un regalo de la sociedad, que se ha ido acumulando generación tras generación. Gracias a ese regalo, el ser humano puede orientarse, saber por qué vive y para qué vive. Por eso es muy trágico cuando la cultura deja de orientar porque el alma se quiebra. Y es en parte lo que, de algún modo, a nuestra generación nos ha tocado experimentar en nuestra carne. Vivimos el fin de una cultura, la angustia de enfrentar la existencia sin coordenadas. Los parámetros que ordenaban las búsquedas humanas se han desdibujado, dejándonos a oscuras en medio de trascendentales encrucijadas. Los aviones que acortan los espacios, la computación que cambia la manera de pensar y de acumular conocimientos; las sondas interplanetarias que viajan solitarias por el cosmos, dando y recibiendo información, contando en otros planetas que nosotros existimos; el Internet que revoluciona las comunicaciones etc. son maravillas que han roto todas las barreras y nos obligan a redefinir las geografías humanas. Ellas nos obligan a revisar nuestras fuentes, a reinterpretar nuestros respectivos evangelios. Todos los mapas humanos y terrestres están temblando y nos obligan a volver a preguntarnos quiénes somos. Se ha producido una globalización, no solo económica sino cultural y nos hemos ido haciendo todos ciudadanos de un mundo sin frontera y muchas veces a costa de nuestras propias raíces culturales, religiosas y políticas.

Marcela Serrano en la novela *Antigua Vida Mía*, tiene una frase certera: “nosotros nos aprendimos todas las respuestas de memoria y nos cambiaron las preguntas”.

Es un hecho que muchos han quedado sin respuestas, porque se nos fue un mundo, nuestro mundo y vamos penetrando en algo nuevo. Eso genera grandes posibilidades pero también grandes desconciertos.

Testigo de este hecho es toda la literatura contemporánea, que escudriñando nuestra realidad convulsionada se pregunta cual es el destino del hombre que es el centro de toda cultura. Esta literatura se hace testigo de muchas soledades, de muchas lágrimas y de una dolorosa falta de sentido.

Tengo gravada a fuego en mi memoria una experiencia imborrable cuando yo era un sacerdote recién ordenado. Con ocasión de un estudio sociológico tuve la oportunidad de recorrer el Perú y pude visitar las ruinas de Macchu Pichu. Hice esa visita solo, pasé la noche a la intemperie en mi saco de dormir. Llevaba en mi mochila libros de poesía, guías y lo esencial para celebrar la misa. Al despuntar el alba celebré la misa en lo más alto de las ruinas. Allí en la soledad, en medio del silencio y del lejano retumbar del Urubamba canté salmos, recé y pedí por nuestra misteriosa y desgarrada América Latina. Fue una experiencia tan honda que no es fácil de describir. Fui tocando las piedras, atravesando los arcos y subiendo las graderías. Leí entonces Las Alturas de Machu Picchu, de Neruda. Mirando las piedras y la belleza el poeta fue a lo más hondo y se acordó que en medio de tanta maravilla quedó sepultado y esclavizado el hombre.

*Piedra en la piedra, y el hombre ¿donde estuvo?  
aire en el aire, y el hombre ¿Donde estuvo?  
Tiempo en el tiempo y el hombre ¿donde estuvo?*

...

*Yo te interrogo sal de los caminos*

*Déjame arquitectura...rascar la entraña hasta tocar al hombre.*

*Machu pichu ¿pusiste*

*piedra en la piedra y en la base harapos?*

*¿Carbón sobre carbón y en el fondo lágrima?*

*¿Fuego en el oro, y en él, temblando el rojo goterón de la sangre?*

*Devuélveme el esclavo que enterraste!*

*...A través del confuso esplendor*

*a través de la noche de piedra, ¡déjame hundir la mano*

*y deja que en mí palpíte, como un ave mil años prisionera, el viejo corazón del olvidado!*

*Déjame olvidar hoy esta dicha, que es más ancha que el mar,*

*porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas,*

*y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo*

En medio del extraordinario progreso técnico que experimentamos, en medio de los edificios inteligentes, de las autopistas, de los avances de la medicina y biotecnología, surge como una llamarada la pregunta central: ¿Y el hombre donde estuvo?

Toda esta conmoción que agita al mundo rebota con energía en nuestra América Latina y aquí en Chile. Por eso tenemos una obligación muy profunda de repensar la cultura desde el otro lado de la historia. Los latinoamericanos ante el derrumbe de una cultura, ante al ocaso de una serie de valores, por nuestra historia, por nuestros dolores, por nuestra composición étnica tenemos una palabras qué decir. Porque hemos sufrido mucha violencia e injusticias, porque en nuestro continente, en nuestras ruinas, en nuestros mares, en nuestros lagos y volcanes, se guardan muchos muertos sepultados tenemos un mensaje. Ese dolor tiene mucho qué aportar, mucho qué enseñarnos. Esos muertos nos piden que no reaccionemos con nuevas guerras, con nuevas tiranías, que no volvamos a sacrificar al hombre.

Miguel Ángel Asturias, el gran premio Nóbel, guatemalteco, dice en una de sus novelas, “porque nosotros hemos sido víctimas nosotros tenemos las llaves del futuro donde comienza el tiempo”. Creo que América Latina y este país tienen una enorme responsabilidad. Tengo la impresión que en esta hora, tan compleja del mundo, dividido entre ricos y pobres, de globalizaciones impuestas, nuestro continente lejano a todos los centros de poder, tiene una perspectiva privilegiada. América Latina y este lugar en particular, por su composición étnica, como decía, por ser un sitio como pocos de entrecruzamientos de culturas, por ser un lugar donde se ha llorado a profusión puede dar una lección de humanidad si accede al progreso sin perder el alma y con un sentido humanizador. Por esos nuestros centros de reflexión tienen la misión de descubrir cuales son los mecanismos generadores de inhumanidad.

No podemos limitarnos a maldecir la historia dramática vivida y la pobreza. No podemos limitarnos a maldecir lo que tenemos entre manos, porque ese dolor le pertenece al mundo y hay que estudiarlo, reconocerlo, encontrar sus raíces, para que no vuelva a repetirse. Por eso encuentro tan desafiante estudiar, y conocer nuestras raíces para enseñar al hombre y a la mujer de estas tierras a ser humanos sin abjurar de la ciencia y del bienestar. Para nosotros el futuro no consiste sólo en más técnica y en una mejor economía, sino en mayor humanidad. Nos corresponde pensar el humanismo desde el otro extremo, desde la pobreza, la opresión, la injusticia, pero también desde la humanidad, la sencillez, la solidaridad, la poesía.

Permítanme una vez más que evoque a Pablo Neruda, en su oda al cactus de la costa. Ese cactus que crece en nuestro litoral, es pequeño y desgarrado, se agarra fieramente a los escarpados roqueríos mientras es golpeado en el invierno por la tormenta. Sin embargo, al llegar la primavera es el primero que vuelve a florecer. Esa pequeña planta espinuda, negruzca, despreciada y despreciable, se viste de singular belleza y brillo antes que todos los oros vegetales. El poeta saca de ese hecho una instructiva moraleja.

*Esta la moral  
de mi poema:  
donde  
estés, donde vivas,  
en la última  
soledad de este mundo  
en el azote  
de la furia terrestre,  
en el rincón  
de las humillaciones,  
hermano hermana,  
espera,  
trabaja firme  
con tu pequeño ser y tus raíces.*

*Un día para tí,  
para todos, saldrá  
desde tu corazón un rayo rojo;  
florecerás también una mañana;  
no te ha olvidado hermano,  
hermana,  
no te ha olvidado, no,  
la primavera:  
yo te lo digo,  
yo te lo aseguro,  
porque el cacto terrible,  
el erizado  
hijo de las arenas,  
conversando conmigo  
me encargó este mensaje  
para tu corazón desconsolado.*

*Y ahora  
te lo digo  
y me lo digo:  
hermano, hermana,  
espera  
estoy seguro:  
no nos olvidará la primavera.*

Desde el otro lado de la historia, desde la frontera de la pobreza, nuestras universidades tienen que hacerse nuevamente la pregunta que un salmista le hizo a Dios hace casi tres

mil años. “¿qué es el hombre, para que de él te ocupes?, lo hiciste poco inferior a los ángeles coronándolo de gloria y esplendor”.

Por dónde ha de ir hoy el humanismo para que nos abra un sendero. Nosotros tenemos que pensar hoy día como creer en el siglo XXI, cómo educar en el siglo XXI, cómo hacer política y economía, cómo ser universidad desde países pobres, después de tantos descorazonamientos y tantas frustraciones.

Como decía, tengo la intuición que nosotros, porque hemos llorado mucho, desde nuestra pequeñez tenemos la llave para una humanidad más humana y más feliz. Además, porque nosotros en medio del llanto no hemos olvidado jamás de cantar, de rezar y de hacer rondas.

Vivo en una población muy sencilla en Santiago, y me impresiona constatar que las fiestas de los pobres son más fiestas que las fiestas de los ricos. La sencillez y la humildad dan una transparencia y cuando se goza se goza.

Es a partir de aquí donde desearía tocar algunos puntos que me parecen claves para el humanismo actual.

### **El ocaso de los fines y el sentido**

Vivimos en una sociedad que nos llenó de medios y nos quitó los fines. Pocos se preguntan para qué, por qué, vivimos, cuál es la jerarquía de valores que asegura la humanización. El mundo ha perdido sus metas y esto es grave porque en la vida toda planificación, todo progreso en la libertad debe clarificar el fin, dar sentido porque solo eso ordena las decisiones racionales. Si se descuidan los fines, las metas se desarticulan y terminamos adorando los medios como a ídolos, esclavizándonos ante ellos.

El neoliberalismo actual nos propone como finalidad de la vida el éxito económico, la competitividad y la producción. Es obvio que quisiéramos fundar un país próspero, que pudiésemos progresar materialmente, pero sería trágico que invirtiendo los valores nos propusiéramos como fin algo que es sólo un medio. Convertir el medio en fin es propio de una cultura enferma. El estudiante que viene a esta universidad debe saber que su título o el dinero que ganará después no son el fin de la existencia, que él estudia como un medio para algo más trascendente que debería dar sentido a sus desvelos.

Es triste cuando se oye a las autoridades educacionales que justifican la necesidad de reformas, y los esfuerzos que debemos hacer en educación sólo por el hecho que debemos producir más para ser competitivos con las naciones con las que hemos

firmados tratados de libre comercio. Obviamente tenemos que competir, producir más, pero el fondo de la educación no es hacernos más productivos sino más humanos, más libres, más responsables y más justos porque de otro modo podríamos ser productivos y profundamente fracasados, tristes e incapaces de vivir juntos. El sutil abandono de los fines nos deja tristemente al garete del destino.

Tuve el privilegio, de ser invitado a almorzar a la embajada de España por el Príncipe de Asturias de paso en Chile con ocasión del cambio de presidente. Estaban en la mesa altos líderes empresariales, políticos, intelectuales y militares. Hacia los postres Don Felipe de Borbón preguntó qué se espera de España en estas tierras y en este momento de nuestra historia. Se habló de las inversiones españolas y como esperábamos que las empresas españolas nos hicieran competitivos, que ellas nos ayudaran a relacionarnos con el mundo desarrollado, etc. Nadie habló que esperábamos de España una lección de humanidad porque en ese país se escribió el Quijote que es también parte de nuestra propia identidad cultural. Que en medio de los grandes desafíos hay un sentido de humanidad que hoy se echa en falta y que el hombre está primero y es fin de la vida económica. Yo esperaría de España que nos ayude a llegar al progreso, a ser modernos, pluralistas, comprensivos pero sin perder nuestra identidad cultural y nuestra alma. Espero que podamos seguir soñando en el servicio como el manchego loco. Nuestra comunidad de alma con España es más trascendente que la comunidad económica.

Esto me parece importante y con esto estamos tocando la misión de la universidad. Solo el ser humano puede progresar y planificar su crecimiento pero este no sólo se alcanza acumulando tecnologías si bien estas, como medios no pueden descuidarse. Me duele cuando los organismos que asignan los fondos para la investigación le dan más importancia a la acuicultura que a la educación. Cuando la reproducción del culenque y el picoroco recibe muchísimos más fondos que la educación la cual todos, sin arrugarse dicen ser la primera prioridad para alcanzar un desarrollo sustentable.

Reconocemos que hay que hacer esfuerzos para integrar la tecnología en el nuevo humanismo pues sería erróneo postular un humanismo sin progreso técnico, pero la técnica es técnica y jamás la felicidad humana se basará en una tuerca. Lo importante, es en quien sabe dar vuelta la tuerca para algún fin. Preparar al que controla y orienta la técnica está en el alma de la universidad. El país necesita una Universidad técnica, pero esa misma universidad tiene que enseñarle al alumno, al investigador y a la misma sociedad que la finalidad es el hombre.

Esto lo tenemos que pensar y repensar en una sociedad donde los fines se han privatizado dándole una prioridad social y económica a los medios.

Cuando no se tienen fines brota con fuerza el famoso, “carpe diem”, pásalo bien ahora, goza el momento, vive el instante, comamos y bebamos porque mañana moriremos.

Con eso se destruye el nervio de una sociedad sana, vigorosa y solidaria.

No nos podemos alargar más sobre este tema que es vital; está en el alma de una universidad dar sentido a la vida y a la sociedad. Las claves del futuro están en las manos de quienes sean capaces de dar sentido a los desvelos humanos. Solo quien pueda avizorar los fines puede elaborar un proyecto de país y refundar una nación que nos potencie como sujetos y no como objetos de la historia.

### **El ocaso del sentido social y solidario de la existencia humana**

El segundo aspecto que considero extremadamente grave del modelo cultural presente es el debilitamiento de la dimensión social y solidaria de las relaciones humanas. En este punto, tal vez más que en otros, la universidad tiene que ser crítica y creativa. Nosotros somos por esencia sociales. La vida no me la di yo; me la regalaron, mis padres que se amaban y que a su vez la recibieron de mis abuelos y de una larga caravana humana. Yo soy porque otros fueron. Para existir y para vivir necesito a los otros y los otros me necesitan a mí. Al destruir la dimensión social se resquebraja necesariamente la noción de amor, de solidaridad, de respeto mutuo, de responsabilidad política, de bien común y por ende se resquebraja la misma sociedad y sus fundamentos. Nos perdemos en el aislamiento y la soledad.

Cuando esta mañana me senté, en la mesa, a tomar el desayuno sin darme cuenta se sentó conmigo el panadero que esta noche no durmió para amasar el pan que yo tuve caliente en mi plato. Y con el panadero, sin quererlo, se sentó también el molinero que preparó la harina y también se sentaron a mi mesa aquel que sembró el trigo y que sudando lo cosechó porque los seres humanos somos una red interconectada. Desgraciadamente el modelo actual nos hace olvidar que somos con otros, vivimos para otros. Nos han convertido en seres solitarios, en individuos compitiendo en toda la línea unos contra otros. Un muchacho de 18 años en Washington me dijo hace tiempo: padre no sabe la soledad en que nos encontramos. Desde que llegó el horno a mi casa nunca más nos encontramos en familia.

Una universidad tiene que pensar la dimensión social. Hoy día en Santiago muchos jóvenes universitarios no se prestan ni los apuntes porque la competencia se los impide. Esto marca el ocaso de la verdadera civilización porque la civilización es una lucha épica para hacernos salir del estado de barbarie, para ir dominando al lobo que habita en nosotros, con el fin de hacernos cómplices, socios y hermanos. La civilización convierte al hombre cazador en un ser social.

El modelo neoliberal, de Von Hayak y Friedman expresamente niega la responsabilidad social de las empresas. Ellas son responsables solamente ante los accionistas. Hoy día, a Dios gracias, eso ha ido cayendo y universalmente se va extendiendo la idea de que una empresa tiene una responsabilidad con su sociedad. Si eso lo están descubriendo las empresas, con más fuerza eso debería ser imperativo para las universidades. Desgraciadamente aunque esto está formando parte de nuestro lenguaje académico, estamos todavía lejos de ser creativos y comprometidos en esta dimensión. La formación ética en las universidades es pobrísima. El compromiso social y ético es deficiente, porque le enseñamos a los chiquillos “a ganarse la vida”, y no a hacer servicial su vida. Entran a nuestras aulas para aprender y salen sólo para ganar. ¿Quién se atreve a formar muchachos que entren para aprender y salgan para servir?

### **Redefinir la Ética como tarea primordial de un nuevo humanismo**

En lo más hondo del cambio que hemos descrito se encuentra una crisis de la ética. Como nunca se habla hoy de ética pero no nos ponemos de acuerdo en su significado. La ética no es un conjunto de prohibiciones o tabúes. Ella es un proyecto de humanidad y por eso supone una antropología adecuada; es un sueño que nos permite construirle “un hogar” al hombre. La ética nos hace vislumbrar lo que nos hace más felices, lo que nos hace más libres, más respetuosos, más seguros en la vida. El ser humano es capaz de ordenar y orientar sus conductas en pos de lograr un desarrollo que tenga sentido, que nos genere un auténtico progreso humano. La ética nos relaciona con la finalidad de la vida y nos define el bien y lo que es bueno para nosotros.

Por todo lo anterior tenemos que repensar una ética que sea el alma del humanismo, y creo que las universidades están en falta frente a este cometido.

Desgraciadamente para mucha gente la ética se limita a lo sexual y familiar y se convierte en un cerco más que en un horizonte.

La ética provee los valores que una sociedad comparte y por eso es en cierto modo la argamasa que unifica el cuerpo social y hace posible la sana convivencia. En ese contexto es el más seguro camino para el progreso y desarrollo personal y social.

Por lo anterior hay pocas cosas más importantes para una sociedad que compartir un cuerpo sólido de valores bien fundamentados y saber cómo transmitir esos valores para que se compartan como el más preciado tesoro. Socializar los valores, desprivatizarlos es esencial para la existencia personal y social.

Será clave pensar los mecanismos de socialización, de transmisión y apropiación de los valores a los que todos deberían adherir. La socialización está quebrada en su nervio principal por eso hay problemas en la familia y en la escuela. Cuantas veces nos encontramos con papás que preguntan cómo tratar a un adolescente, porque ya no es tan claro qué valores transmitirles ni como transmitirlos. Están rotas las pertenencias, las responsabilidades y desprestigiadas las tradiciones e instituciones. El problema de la educación no es las técnicas para enseñar el alfabeto o los teoremas, es que no sabemos qué valores transmitir ni cómo hacer esa transmisión.

**El humanismo ha de ayudar a definir adecuadamente las nociones de progreso, amor, libertad, pluralismo y gratuidad.**

Es normal que en una época de cambios como la que experimentamos las nociones de progreso y desarrollo adquieran gran importancia. Una sociedad en cambio se proyecta hacia el futuro y valora el desarrollo. Sin embargo no es neutro el concepto que se tenga de progreso. Dependerá de la definición que se dé, la dirección que se asumirá y los resultados que se obtengan. Será necesario tener una visión de largo plazo porque sólo a la distancia se sabrá si los avances son significativos y perdurables en el tiempo y si se trató realmente de progreso, de marcha positiva hacia algo mejor.

Es delicado cuando en política se habla de progresistas y conservadores porque a menudo tales clasificaciones son simplificaciones. Si esto es verdadero en el orden político y económico lo es mucho más en el orden ético. No pocos cambios éticos, a pesar de sus autoproclamadas intenciones progresistas, no parecen ir en la línea correcta de un avance sustentable y humanizador.

Todos creen ir marchando en la línea correcta del progreso. Algunos confunden cambio con progreso. Desgraciadamente no todos los cambios a la larga significan más libertad,

más fraternidad, ni más felicidad. Hitler y sus seguidores pensaban ser los grandes impulsores del progreso humano y construyeron el holocausto.

En este contexto es clave repensar algunas nociones que constituyen el corazón de la humanidad: amor, libertad, convivencia etc. En torno a ellas se teje el humanismo.

Obviamente es importante en cada tiempo volver a descubrir qué es el amor. No siempre lo que se presenta como progresista en esta línea es lo que consolida más la humanidad y lo que crea más felicidad. Vivimos en una sociedad donde se privilegia el amor pasajero y sin mayores compromisos. Como dice Neruda, se ama “el amor de los marineros que besan y se van, en cada puerto una mujer espera y los marineros besan y se van”. Pero lo más triste es que por ese camino un día “se acuestan con la muerte en el lecho del mar”. Ese es un amor que no crea lazos sino soledades por moderno y desenfadado que se presente.

¿Es progresista una concepción del amor en que un joven besa y se va y no se hace responsable? ¿Es progresista para el Chile que yo sueño, un chiquillo que tiene relaciones con todas las niñas que encuentra sembrando las semillas de futuras y dolorosas infidelidades? ¿Es progresista que un muchacho o una muchacha comience su vida sexual activa a los 14 años cuando no puede hacerse verdaderamente responsable del otro y no tiene las condiciones psicológicas, económicas ni humanas para asumir una eventual paternidad o la maternidad?, Tenemos que atrevernos a decir que eso no es progreso, aunque suene a moderno, eso no nos hace más humanos, no nos hace más felices ni responsables y, genera soledades y frustraciones.

Decir esto no es pacatería, (No creo que ser pacato) sino que es el resultado de pensar la sexualidad humana en todas sus dimensiones y no sólo en la línea del placer por importante que este sea. ¿Qué es el amor humano? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad del desarrollo integral de ese amor? ¿Cómo se integra la sexualidad madura en un amor genuino? Estas preguntas requieren pensamiento y si una universidad no se atreve a pensar con libertad, sin temer a las modas de turno, sin miedo a la presión marquetera del sexo vendido en el mercado ¿quién lo va a hacer?

Hoy una universidad puede hablar con orgullo y sin rubor de la composición de la materia, de los metales y los astros lejanos pero tiene dificultad para orientar su investigación y su lenguaje a la actividad humana más importante que es el amar. Es en verdad el mundo al revés.

A la hora de repensar el humanismo, al concepto de amor humano hay que añadir el concepto de libertad. La madurez humana está ligada a la libertad. Pocas ideas más centrales en el desarrollo de la modernidad y pocos anhelos mayores que el ansia de libertad. Pero la libertad, no es hacer lo que a mí se me antoja. Eso destruye todos los vínculos.

La libertad, en lo más profundo, supone tener la capacidad de asumirse y a la vez de hacerse responsable. Tareas de las que sólo el ser humano es capaz. Si la libertad consistiera sólo en hacer lo que a mí se me ocurriera, dimensiones esenciales de mi existencia estarían fuera del ámbito de la libertad. Yo no puedo elegir ser viejo o joven, ni ser hombre o mujer, ser chileno o chino. Podré cambiar legalmente de nacionalidad pero moriré habiendo nacido en Chile aunque emigre. Si yo entiendo la libertad sólo como la capacidad de elegir resultaría que en aspectos esenciales yo no sería libre. Mi libertad consiste en poseerme, asumirme, aceptarme y desde ahí hacerme responsable, Yo no elegí ser chileno pero tengo la capacidad de asumirme como tal y construirme desde ahí.

Yo estoy convencido que Jesucristo nunca fue más libre que cuando estuvo clavado en la cruz sin poder moverse. Entones estaba entregando su vida, asumiendo su misión, y en última instancia siendo señor en esa situación.

La libertad es una calidad del alma y “no hay redes ni cadenas que le quiten su libertad al libre”. La visión actual de la libertad es profundamente individualista. Por eso hay que trabajar una noción de libertad que nos relacione, nos haga mutuamente responsables unos de otros y de la historia.

### **Pensar un genuino pluralismo sin ser relativistas**

La profundidad de los cambios que nos ha tocado experimentar hace temblar muchas de las certezas y desde ahí hay un paso a afirmar que todo es relativo. Por eso vivimos en una cultura relativista en la que se niega la existencia de una verdad. Creo que hay un sano relativismo, pues si yo me creo dueño de toda la verdad no hay vida social posible. Fui educado en una familia donde estaba claro quienes eran los buenos y quienes los malos. He aprendido a golpes en la vida que los que yo creía malos son mejores que yo, en muchos aspectos. Hay un sano relativismo que me enseña que yo veo las cosas como hombre y no como mujer; que las veo hoy como un hombre mayor y no como un niño. Soy consciente que veo las cosas desde un ángulo y eso significa que hay aspectos que

me quedan ocultos y que las cosas, objetivas en sí, pueden ser vistas desde diferentes perspectivas. Yo estoy convencido de lo que dice Santo Tomás, el gran teólogo católico, “nadie está tan lejos de la verdad que no tenga algo de verdad”. Pero ese sano relativismo no significa que la verdad da lo mismo porque ella no existe. El relativismo sano se refiere a mi limitación, y no a la verdad que es mi punto de referencia; nos hace conscientes de nuestros condicionamientos y límites y por eso nos invita a esforzarnos a acercarnos respetuosamente a la verdad.

Si me dicen que un reloj es una vaca., yo le preguntaría a mi interlocutor si acaso el llama vaca a aquello que sirve para marcar las horas. Entonces el problema sería solamente de nomenclatura y sin dificultad podríamos ponernos de acuerdo y continuar el diálogo. En la realidad el objeto que ambos tenemos ante los ojos nos obliga a ser honestos, a reconocerlo y darle un nombre que nos permita comunicarnos. El objeto aunque lo veamos desde ángulos distintos nos invita a acercarnos a la realidad, nos juzga y nos objetiviza. Si da lo mismo que un objeto sea una vaca o un reloj se destruye toda comunicación y todo lenguaje pierde su valor. No hay vida humana, no hay lenguaje, no hay amistad si todo da lo mismo. Si todo da lo mismo no se puede construir sociedad porque la verdad se devalúa y la palabra se vacía.

Una universidad debe ayudarnos a pensar lo que es la verdad y cómo podemos acercarnos a ella enriqueciéndonos mutuamente con nuestras diferentes perspectivas.

Desgraciadamente en el ámbito universitario hemos ido encerrando cada vez más la verdad en el orden de las ciencias exactas y eso aunque importante es parcial, no es lo más profundo de la verdad. Los números son números. La verdad es una manera de entender la globalidad de la existencia humana sobre todo en momentos de cambio. Situarnos con respeto, con espíritu crítico y con humildad ante el conjunto es hoy clave. Católicos y no católicos, creyentes y no creyentes debemos unirnos como humanidad, e investigar cuáles son aquellas cosas que nos hacen más humanos y en eso ser intransigentes.

En esta búsqueda honesta, colectiva y respetuosa de la verdad se basa el verdadero pluralismo. Chile jamás va a ser moderno si no es pluralista, pero no es pluralismo el que se hace de silencios e indefiniciones. Hay universidades que pretenden no definir su identidad para poder ser pluralistas. Sin embargo el pluralismo verdadero y maduro se hace de identidades respetuosas que se comparten y confrontan civilizadamente generando diversidad y riqueza.

Vivo en una población y la primera cosa que se me dijo cuando fui a la junta de vecinos, fue que allí no se hablaba de religión ni de política. Pensé para mi mismo: espero que algún día seamos más maduros y podamos hablar con respeto de religión y de política sin por eso enemistarnos. Seremos más pluralistas cuando alguien me pueda decir sin temor que es agnóstico sin que yo lo descalifique o piense mal de él. Del mismo modo seremos más maduros cuando yo no tenga que silenciar mi fe y que nadie tema que voy a imponerla por la fuerza. El pluralismo se hace de respeto, de identidades que son capaces de formularse y de definirse complementándose. De otro modo en nuestra vida social nos rozamos como amebas deformando nuestros mutuos contornos. Eso no es pluralismo es incomunicación e inconsistencia.

### **Importancia de la gratuidad para repensar lo humano**

Por último deseo hablar de la gratuidad como dimensión esencial de lo más humano. En una cultura de la competencia y casi exclusivamente orientada a lo económico, a la felicidad obtenida por el éxito material, no resulta fácil hablar de la gratuidad que es un concepto esencial del cristianismo, y ciertamente es la dimensión más propia de quienes tienen un corazón de pobre.

Hoy confundimos el valor con el precio. A menudo cuando queremos conocer el precio de un objeto preguntamos cuánto vale. Sin embargo lo que más vale en la vida no tiene precio, no se compra ni se vende. ¿Cómo podría comprarse una amistad? Es algo que si se compra se destruye.

Lo más valioso del ser humano se recibe gratis y se da gratis. Hay que pensar esta sociedad tecnificada para que le dé algún lugar a lo gratuito. Por que la vida de familia es gratuita, las sonrisas, el pololeo son gratuitos, la relación de pareja es gratuita o se prostituye.

La gratuidad está más ligada en occidente al aspecto femenino, menos calculador y eficientista de la vida

En este momento de Chile, tengo la sensación que la elección de una mujer para ejercer la presidencia del país, muestra la añoranza y la necesidad de recuperar el lado femenino de la vida. O la cultura que estamos creando tiene un componente femenino más gratuito y afectivo o quedará inexorablemente trunca y será deshumanizante.

Una universidad que tiene que autofinanciarse y generar un tipo determinado de investigaciones para ganar dinero, tiene el peligro de olvidar el alma del alma. La

poesía, el canto, la contemplación, el mirar las estrellas, el admirar los volcanes, en una palabra la gratuidad que es algo que no se paga pero si lo perdiéramos perderíamos el sabor y la calidad del vivir.

## CONCLUSION

Una universidad tiene obligación de repensar al ser humano. El modelo socio económico que ordena hoy nuestra vida es esencialmente parcial. No nos dejemos engañar, aunque esta parcialidad produce resultados valiosos es muy limitada para encarar la totalidad de la existencia humana. Tengo miedo que las universidades chilenas no estemos a la altura de repensar al hombre para formular una propuesta humanizante e integradora de todas las dimensiones.

A la parcialidad de los paradigmas usados para pensar la sociedad, se añade el hecho que los mundos universitarios, mi mundo, suelen ser pequeños. Muchas veces estamos encasillados, preocupados de hacer carrera académica, más interesados en ver cuántas publicaciones ISI producimos que de preguntarnos si nuestra investigación dio pan esta mañana a un pobre, si respondió a los problemas reales, si hizo más justa a la sociedad. Tenemos las universidades vueltas hacia adentro, más que respondiendo los verdaderos y acuciantes problemas de una sociedad pobre. El mundo universitario, como todos los mundos, puede cerrarse haciendo que el “paper” o el reconocimiento de los pares sea más importante que el desafío de la historia. Nos preocupa más el ranking y el prestigio y en cierta manera hacemos una especie de gymkhana para estar en altos lugares en ese ranking, sin esa mirada transparente, profunda y autocrítica que mira con honestidad la calidad y pertinencia de lo que hacemos.

Me parece que estos son temas centrales para una universidad, para hacer un nuevo humanismo donde podamos definirnos, conocernos, comunicarnos, complementarnos y comprendernos.

Quisiera terminar estas palabras haciendo una alusión y un recuerdo al Padre Hurtado. Él fue un académico, fue doctor, profesor en la universidad, y enormemente preocupado de los problemas universitarios. Él nos dice “La universidad debe ser el cerebro del país, el centro donde se investiga, se planea y se discute cuanto dice al bien común de la nación y de la humanidad”. Hoy día discutimos qué nos sube los ranking y qué nos da

un poco más de acreditación. Descuidando tal vez la pregunta vital por el bien común de la humanidad. Los ranking los hacen las revistas de opinión a partir de head hunters, señores que contratan mano de obra y que no se preocupan si esas universidades tienen una buena escuela de filosofía que piense la sociedad. Eso es una aberración gravísima en el modelo que tenemos.

“El universitario,- dice el Padre Hurtado- debe llegar a adquirir la mística de que en el campo de su profesión no es solo un técnico sino el obrero intelectual de un mundo mejor. Producir la síntesis entre nuestras doctrinas y nuestras realidades, entre nuestras aspiraciones y nuestras posibilidades, entre el orden teórico y la capacidad de realizaciones llevadas al máximo en un momento dado. He aquí lo que la universidad debe despertar en sus alumnos y que no puede quedarse en paz y quedarse por contenta mientras no lo haya realizado”.

El Señor Rector, nos ha hecho ver la importancia del hombre en esta universidad. Tengo la esperanza de que este sea un lugar donde no sólo se progrese en la técnica, sino que se progrese en la humanidad. En esto puede y debe contribuir una universidad como esta.

Estoy convencido que pensar el humanismo no es tarea de titanes ni de súper hombres. Jesucristo nos enseñó que es un secreto confiado a los humildes de corazón. Por eso quisiera terminar estas palabras con un poema de Unamuno que me ha inspirado, porque invita a soñar- Atreverse a enfrentar un cambio cultural supone ser capaz de no achicar los horizontes. Unamuno, ese gran gigante del espíritu, le pide a Dios la capacidad de soñar. Encontraron esta sencilla oración en su mesa de trabajo cuando el murió:

***Agranda la puerta Padre porque no puedo pasar,  
la hiciste para los niños, yo he crecido a mi pesar  
y si no agrandas la puerta, achícame por piedad,  
vuélveme a la edad aquella en que vivir es soñar.***

Dios quiera que podamos soñar un hombre nuevo, un Chile nuevo, donde el lado femenino, la sensibilidad, la poesía y la contemplación vayan a la par con la técnica. Jesús, nos recuerda con inmensa sabiduría que de nada le sirve al hombre ganar el mundo entero si al final él se pierde. Hay que ganar lo humano que duerme en nosotros. En esta charla no hemos dado respuestas. He indicado que en este momento fundacional de Chile tenemos la misión: recrear un humanismo. Esa no es tarea de un hombre ni de un día, es un desafío para una universidad, para todas nuestras universidades, y de ello depende la felicidad y el futuro de este país y de la humanidad. Por eso en este

momento, tan especial de Chile, momento fundacional, me atrevería a decir con León Felipe, ese gran poeta español, “luz cuando mis lágrimas te alcancen la función de mis ojos no será más llorar si no ver”. ¿Qué podemos hacer para secar las lágrimas de Chile, romper las injusticias, las inhumanidades para que todo este país pueda volver a ver la luz y reencontrarse?

Muchas gracias.

(Temuco, viernes 17 de marzo de 1006)